

ME SERÉIS TESTIGOS...
UNA INTRODUCCIÓN A LAS EPÍSTOLAS
ECLESIAÍSTICAS



por Antoni Mendoza i Miralles

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2004

Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

c-electrònic: ecb.edicions@wanadoo.es

Maquetació: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

VOLVAMOS A VISITAR...

EXPANSIÓN HACIA ACAYA

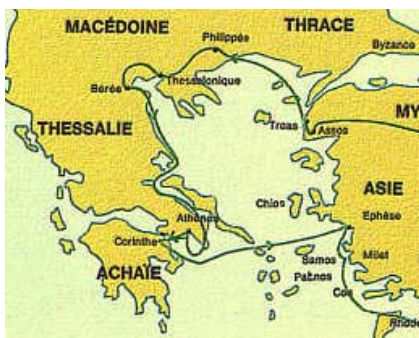
“...le llevaron hasta Atenas”

La marcha de Berea implicó salir de la provincia de Macedonia para entrar en la de Acaya, por vía marítima. Un grupo de cristianos de Berea acompañaron a Pablo en este largo viaje por mar, y una vez lo dejaron instalado en Atenas regresaron a casa con instrucciones para Silas y Timoteo, que se habían quedado en Berea para acabar la obra de constitución de la Iglesia.

Pablo se quedó solo en Atenas, y aquel tiempo de espera se le hizo especialmente largo, aunque no estuvo inactivo.

El puerto de Atenas, El Pireo, estaba a unos tres kilómetros de la ciudad. Su recorrido estaba protegido por dos murallas paralelas situadas a 182 metros una de la otra, y en él el viajero se encontraba con muchos altares hasta entrar en la ciudad. Esta experiencia no debió ser nada agradable para Pablo, aunque estaba acostumbrado a vivir en territorios paganos. Cada día los altares idolátricos que se extendían por toda la ciudad hicieron que su espíritu se agitase cada vez más en su interior. Fue el sábado a la sinagoga de la ciudad, donde discutía con los judíos y los piadosos; y los otros días de la semana discutía en la plaza, el ágora, con todo aquel

que mostraba un mínimo de interés por las cuestiones espirituales. Entre el grupo de personas con los que discutía en la plaza, habían algunos filósofos epicúreos y estoicos, que lo llevaron al Areópago, el lugar donde se reunían los atenienses para habla de estar cosas, para



tratar lo que decía Pablo en el lugar apropiado. De esta manera el misionero cristiano tuvo la oportunidad de presentar el Evangelio entre los sectores intelectuales más destacados del mundo helenístico, que en aquellos momentos abarcaba todo el Imperio romano.

Lucas resume su exposición en diez versículos; y, aunque no entraremos a analizar detalladamente sus palabras, destacaremos algunos aspectos interesantes. El no asumió una actitud de confrontación, ésta no era la manera de actuar de Pablo. Estructuró su presentación del Evangelio a partir de lo que compartía con sus interlocutores, hasta llevarlos a Cristo y a la consideración de su obra redentora.

El Señor le había dado la oportunidad de presentar el Evangelio a la intelectualidad de la ciudad, lo que ya había sido un hecho providencial. Pero su presentación quedó truncada cuando trató sobre la resurrección, entonces un grupo de los asistentes sencillamente se burló de ello, y otros, más respetuosos, le dijeron de que aquel tema ya hablarían en otra ocasión, lo que equivalía a decirle que no tenían el mínimo interés.

Pero Dios tiene pueblo en todas partes y en todos los niveles de la sociedad. Algunos de los presentes que escucharon atentamente las palabras de Pablo, y un grupo reducido creyó en el Evangelio; de entre ellos, Lucas destaca a una tal Dionísio el areopagita y a Dámaris.

Durante la estancia de Pablo en Atenas, Timoteo se unió con él en la tarea, mientras Silas seguía en Berea. Con todo, la preocupación de Pablo por los hermanos en Tesalónica hizo que resolviera enviar a Timoteo nuevamente allí, quedando solo en la ciudad hasta el momento de marchar hacia Corinto (1Ts 3:1-3).

Puesto que Pablo marchó de Atenas voluntariamente, y conociendo cómo hacía las cosas, no creemos que marchase de la ciudad antes de dejar a los cristianos de Atenas bautizados y bien afirmados en la fe. Pablo marchó cuando consideró que había acabado su tarea en aquella ciudad.

“...y vino a Corinto”

Las palabras de Pablo, en el capítulo 3 de la Primera Epístola a los Tesalonicenses, revelan un cierto desánimo en Pablo a su llegada a Corinto (1Co 2:3). La oposición que había tenido en Macedonia, el no haber podido acabar la tarea en Tesalónica, el tener a Silas en Berea, y tener que enviar a Timoteo a Tesalónica, volviendo a quedar solo, no fue una experiencia nada agradable para él. A todo ello hemos de añadir la poca repuesta que el mensaje del Evangelio tuvo en el Areópago.

Solo, Pablo sigue su viaje misionero hacia el oeste de Atenas, dirigiéndose a Corinto, la capital de la provincia romana de Acaya, que estaba a unos 64 kilómetros de distancia. Esperaba encontrarse allí con Silas y Timoteo, una vez estos acabaran la tarea espiritual en Macedonia.

La singularidad de Corinto

La ciudad de Corinto conectaba la península del Peloponeso con el resto de Grecia, mediante un istmo. Era una ciudad interior, con puerto al oeste, al mar Jónico, y al este, al mar Egeo. La conexión

con Lejáió, el puerto del Jónico que la conectaba con la península Itálica, estaba protegida con una doble muralla; mientras que la conexión con Cencreas, el puerto del Egeo que la conectaba con Asia, estaba protegida con fortificaciones. Esta situación hacía que su población fuera muy variada, con comerciantes, marineros, buscadores de fortuna y exiliados de todas partes.

Desde el año 27 a. C. era la capital de la provincia romana de Acaya, después de haber sido reconstruida totalmente por Julio Cesar en el año 46 a. C., puesto que había sido destruida por Roma en el 146 a. C.

Su población era de unos 400.000 habitantes, lo que la hacía la ciudad más importante de Grecia. Un 60 % de su población estaba formada por esclavos, y el resto eran romanos, la minoría más importante, griegos y judíos. Además de ser un importante centro

comercial del Mediterráneo, también era centro del culto a Afrodita, la cual tenía un templo donde mil sacerdotisas se dedicaban a la prostitución sagrada. Todo esto nos puede ayudar a entender un poco el nivel moral de la ciudad, que había llegado a ser sinónimo de inmoralidad.

El encuentro de Pablo con Aquila y Priscila

Cuando Pablo llegó a Corinto, hacía poco que el emperador Claudio había decretado la expulsión de todos los judíos de Roma (49 d. C.); lo que hizo aumentar la colonia judía de la ciudad. Entre los deportados había un matrimonio llamados Aquila y Priscila, naturales del Ponto, en Asia Menor, pero que residían en la capital del imperio. Desconocemos si ya eran cristianos cuando llegaron a Corinto, pero si no lo eran, creyeron en el Evangelio en cuanto Pablo les habló de él, después de contactar en la sinagoga. El matrimonio fabricaba tiendas, y había establecido su taller en la ciudad; por eso Pablo, que necesitaba trabajar para vivir, les pidió poder trabajar con ellos, cosa que aceptaron, y además le ofrecieron quedarse a vivir con ellos. De esta manera Pablo encontró compañía, hermanos, amigos y trabajo.

En la sinagoga

Como hacía siempre, Pablo buscó la sinagoga para anunciarles el Evangelio. Crispo, el dirigente de la sinagoga, le ofreció la oportunidad de presentar el Evangelio durante varios sábados. Las palabras de Pablo animaron la discusión, pero no parece que tuviesen demasiada respuesta, puesto que Lucas dice que “persuadía a judíos y a griegos”-

Parece que la llegada de Silas y Timoteo de Macedonia, y las buenas noticias que trajeron, animaron a Pablo en su controversia con los judíos. Mayoritariamente estos se opusieron y blasfemaron, lo que hizo entender a Pablo que había llegado el momento de romper con ellos. De una manera gráfica, y muy profética, les dijo que él había cumplido con su responsabilidad hacia ellos, y que se dedicaría de lleno a los gentiles.

La constitución de la Iglesia de Corinto

Una vez se produjo el rompimiento de Pablo con la sinagoga, comenzó el establecimiento de la Iglesia en aquella ciudad. Justo, un gentil adorador del Dios verdadero, después de su conversión ofreció su casa, que estaba al lado de la sinagoga, para las reuniones de la Iglesia. De entro los judíos, además de Aquila y Priscila, únicamente tenemos constancia de la conversión de Crispo, el dirigente de la sinagoga, “con toda su casa”. Por las palabras de Pablo, podemos deducir que la mayoría de los que creyeron al Evangelio eran “corintios”. Sabemos que la casa de Estéfanos fue la primicia de Acaya (1Co 16:15, 17), así como que otro de los convertidos que bautizó Pablo fue Gayo (1Co 1:14).

Los acontecimientos hacían temer a Pablo que las cosas podían complicarse, como había sucedido en las ciudades de Macedonia, y que podían nuevamente hacerle daño. Fue entonces que el Señor se manifestó nuevamente a Pablo, para indicarle que no tenía nada que temer, que podía hablar libremente, puesto que él lo protegería, y que había un número importante de personas que aún habían de creer al Evangelio en Corinto.

El ataque frustrado de los judíos

Finalmente los judíos se levantaron contra Pablo, y lo llevaron delante del tribunal presidido por Galión, procónsul de Acaya. Lo acusaban de practicar una religión “no autorizada” por el imperio. Pero Galión consideró que era una discrepancia entre “sectas judías”, y no pensaba actuar como juez en esas cuestiones. Seguramente, ésta manera de actuar, tan diferente de la que se dio en Macedonia, estaba relacionada con el hecho de que en aquellos momentos los judíos no gozaban del favor del imperio. Dios movió los acontecimientos, entre otros motivos, para que Pablo pudiera llevar a cabo su ministerio en Corinto hasta el final. Después de aquello, los misioneros aun se quedaron “muchos días”, hasta que Pablo consideró que la tarea estaba acabada. Entonces decidió que había llegado el momento de emprender el viaje de regreso hacia Siria, acompañándolos Priscila y Aquila hasta Éfeso.

La Primera Epístola a los Corintios

Pablo escribió ésta epístola desde la ciudad de Éfeso (1Co 16:8, 19), hacia el año 54/55 d. C., durante la primera parte de su tercer viaje misionero. Entonces hacía unos 3/4 años que había marchado de Corinto. La Iglesia le había escrito una carta pidiendo orientación sobre diferentes circunstancias en las que se encontraban, y en las que necesitaban la orientación apostólica. Pero, los de la casa de Cloé, le habían dado una información adicional, explicándole la grave situación espiritual que se estaba viviendo allí, que amenazaba en dividir la Iglesia.

Bajo la inspiración del Espíritu Santo, Pablo escribe a la Iglesia para enfrentar esta triple necesidad: a) la división existente (capítulos 1 a 4); b) denunciar ciertos pecados que estaban tolerando (capítulos 5 a 6), y c) responder las preguntas que le habían hecho (capítulos 7 a 15).

El objetivo de Pablo era que recordasen la necesidad que tenían de vivir vidas santas, personalmente y como Iglesia. Esta es una de las razones por las que comienza la epístola recordándoles que ellos eran “santificados”, y que habían sido llamados “santos”.

La situación de división que vivía la Iglesia

Pablo, como el Señor, nunca deja de reconocer la obra divina en los redimidos, y también lo hace así al principio de esta carta a los corintios. Cuando recuerda como la gracia ha obrado en ellos, da gracias a Dios por ellos, y por como han sido enriquecidos espiritualmente, en la medida que «el testimonio de Cristo ha sido confirmado» en ellos (1:4-9).

Pero los de Cloé le habían comunicado que había “contiendas” entre ellos. No está claro si estos hermanos habían hecho servir la palabra “contiendas”, o solamente habían descrito los hechos, y Pablo aplica la palabra a la situación, después de haber usado “divisiones” en el versículo anterior.

Lo primero que vemos, es que la palabra contiendas es plural, indicando que no era un hecho puntual, ni estaba motivado por

un hecho único; había llegado a ser una triste constante, que los había situado en una espiral sin salida. La palabra griega que se traduce como “contiendas”, a los corintios (1Co 1:11; 3:3; 2Co 12:20), a los gálatas (5:20), a los romanos (1:29) y a Timoteo (1Tm 6:4); “pendencias”, a los romanos (13:13); “porfías”, a los filipenses (1:15), y contenciones, a Tito (3:9). Estas diferentes acepciones de la palabra nos permiten ver la situación en toda su gravedad.

Pero Pablo no quiere quedarse en la palabra, por eso les hace saber los efectos que describe como “contiendas”. “Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo cierto soy de Pablo; pues yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo” (1:12). Pablo sabía que en Corinto se habían formado cuatro grupos enfrentados (partidos), que usaban como etiqueta el nombre de tres ministros del Señor (Pablo, Apolos y Pedro) y el del mismo Cristo.

Primera argumentación

Pablo los lleva a considerar que las contiendas están fuera de lugar en la Iglesia por tres razones: a) Cristo no está dividido, y la Iglesia es el cuerpo de Cristo; b) ningún siervo de Dios ha sido crucificado por ellos, ninguno los ha redimido; d) ningún cristiano ha sido bautizado en el nombre de un siervo de Dios, para vivir para él (1:13). Todo esto es lo que estaban afirmando con su actuación, algo que estaba fuera de lugar en la Iglesia de Dios, y que les llevaba a perder su testimonio como Iglesia de Cristo en medio del mundo.

Habían de recordar la centralidad de la cruz de Cristo, de Cristo crucificado, y su proclamación: la palabra de la Cruz (1:17, 23). Eso implicaba disfrutar del poder y de la sabiduría de Dios (1:24).

Habían de recordar que no podían pretender ser humanamente lo que no eran: “...no sois muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles” (1:26-29).

Habían de recordar que la sabiduría espiritual, centrada en la persona y la obra de Cristo (1.24, 30), solamente la podían evidenciar los espirituales, aquellos que disciernen las cosas, y no son juzgados de nadie, porque actúan según la mente de Cristo (2:15-16).

Segunda argumentación

Si se había de definir la condición espiritual de los miembros de la Iglesia de Corinto, en general, Pablo los tenía que describir como “carnales”, como niños en Cristo (3:1). Pero ellos no se consideraban «niños», ya tenían 5 años de creyentes, ya eran maduros, no les faltaba ningún don, eran sabios... Pablo argumenta ésta afirmación recordándoles que, aunque quedó con ellos un año y medio, no les pudo dar enseñanzas profundas, pues no las podían digerir entonces ni ahora. La evidencia práctica de eso era: los celos (ζηλος), las contiendas y las disensiones (διχοστασια, cismas) que había entre ellos, que forma parte de las obras de la carne (Gá 5:20); y la afirmación carnal “Yo cierto soy de Pablo... Yo de Apolos” (3:4), que evidenciaba que no habían entendido el lugar de los servidores del Señor en su obra (ver 3:5-10).

Su madurez cristiana era responsabilidad de ellos, puesto que Pablo plantó, Apolos regó y Dios quería dar el crecimiento (3:6). O usando otra ilustración, Pablo puso el fundamento como perito arquitecto, otro edificó encima, pero era necesario que cada uno mirara como edificaba, puesto que delante del Tribunal de Cristo todo se manifestará (3.10-15).

Mantenerse en santidad, como santuario de Dios, que es el propio cuerpo, también era responsabilidad de ellos (3.15-16); y con estas palabras se adelantaba a lo que les había de decir en la siguiente sección.

El gloriarse en los hombres, incluso en los servidores del Señor, mostraba la sabiduría humana que se opone a la divina, en aquellos que actúan de esta manera.

Los motivos de estas palabras

El primero era que ninguno se hinchara a favor del uno y en contra de otro (4:1-13).

El segundo motivo era exhortarlos para que fuesen imitadores de él, como lo era de Cristo, preparándose para su venida (4:16-21).

“Se oye...”, ciertos pecados que estaban tolerando

En esta sección, Pablo enfrenta cierta información que le había llegado indirectamente sobre que en la Iglesia de Corinto se toleraba el pecado, así como el hecho que algunos llevaban sus conflictos con otros hermanos delante de los tribunales seculares.

Hasta Éfeso había llegado la información que la Iglesia de Corinto toleraba en su seno la fornicación, las relaciones sexuales ilícitas. En concreto, se conocía un caso que ni los gentiles de bajo nivel moral lo aceptaban: que uno tenía la mujer de su padre. Pero, aunque el hecho era grave, era peor la manera como sus dirigentes, actuaban frente a esos hechos, que evidenciaba lo hinchado que estaban de los corintios (1Co 4:6, 18, 19; 5:2; 8:1; 13:4), por su supuesto conocimiento (8:1), así como su jactancia (5:6). Su hinchamiento hacía que no se doliesen por estos hechos tan graves; la jactancia, que no aplicasen la disciplina eclesiástica, para tratar de solucionar la situación.

Pablo, excepcionalmente, actúa disciplinariamente con la autoridad del Señor y de la Palabra, puesto que no lo han hecho. Con todo, los llama a reunirse como asamblea para ratificar la disciplina y aplicarla, separando la “levadura” del pecador de la “masa” de la Iglesia, para celebrar la fiesta con “ázimos de sinceridad y de verdad”, y no con “la levadura de malicia y de maldad”. De otra manera no podían realizar de veras el culto a Dios.

Relacionándolo con el tema de la disciplina, les aclara ciertas palabras que les escribió en una carta que no tenemos, en la que les decía que no se habían de mezclar con los fornicarios. Hablaba de aquel que diciéndose “hermano” fuere avaro o idólatra o maldiciente o borracho o ladrón: era necesario que se diera cuenta que su vida pecaminosa rompía la comunión con el resto de los “hermanos”, tanto a nivel de la comida fraternal que acompañaba la Mesa del Señor, como a nivel de relación personal de amistad, mientras no hubiera arrepentimiento y corrección.

La falta de disciplina eclesiástica, incluso de tratar en asamblea

los problemas conocidos, había hecho que algunos que tenían asuntos entre ellos los llevaran delante de los tribunales seculares. La Iglesia se inhibía delante de estos conflictos, y los derivaban a los tribunales seculares, con el descrédito que esto hacía recaer sobre la Iglesia. El problema de entrada era que tuvieran causas los unos contra los otros, eso era un fracaso, puesto que como cristianos era preferible soportar la injusticia: los que hacían la injusticia y defraudaban eran hermanos y lo hacían a otros hermanos. Cualquier cristiano, incluso el de menos consideración, con la sabiduría de Dios, estaba en mejores condiciones que cualquier juez humano para resolver los conflictos entre “hermanos”. Aunque tenían que haber sido los ancianos los que llevaran a cabo esta actuación, como correspondía a la su responsabilidad espiritual. Estos hechos evidenciaban un fracaso general: de los pastores, y de toda la Iglesia.

Una vez más les ha de recordar que la obra de la Cruz los había perdonado y cambiado, puesto que habían sido santificados y justificados. ¿Cómo podían actuar como lo que no eran, identificándose con los que no heredaran el reino de Dios?

Parece que uno de los lemas de la Iglesia de Corinto era: “Todas las cosas me son lícitas”, que se vuelve a repetir en 10:23. Pablo tuvo que recordarles que había que matizar dicha afirmación: no todas las cosas convienen, no me dejaré dominar por nada. La libertad cristiana no significaba que no habían de vivir de acuerdo a la ley de Cristo, de acuerdo a la ley de Dios. Habían cosas que no eran convenientes, no tenían libertad para hacerlas; y no podía ser que uno fuera dominado por nada, puesto que estaban bajo el dominio del Señor.

La creencia que el comer y la fornicación eran necesidades físicas, sin más, Pablo la denuncia como anticristiana, puesto que “ el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor; y el Señor para el cuerpo”.

La unidad del creyente con el Señor nos imposibilita cualquier

uso del cuerpo que no sea conforme a la Palabra de Dios. Y en concreto, para el creyente la fornicación, cualquier relación sexual fuera del vínculo matrimonial, es un pecado directo contra el Señor, es adulterio espiritual, y contra el Espíritu Santo, es una profanación de su templo en nosotros, además de pecar contra nosotros mismos.

Pablo acaba esta sección recordando a los hermanos que no tenían que olvidar el significado de la salvación, que habían sido comprados por precio, el precio de la Cruz, y que ahora tenían que glorificar a Dios en sus cuerpos y en sus espíritus, porque eran de Dios.

Respuestas a las preguntas que le habían hecho (7:1-16:12)

La sección que abarca de 7:1 a 16:12, la más extensa de la epístola, incorpora las respuestas de Pablo a una serie de preguntas que le habían hecho los corintios por carta.

Matrimonio o celibato: la cuestión de las vírgenes (capítulo 8)

El capítulo da respuesta a diversas cuestiones planteadas: una relacionada con la alternativa entre matrimonio o celibato, otra sobre las relaciones físicas en el matrimonio, otra sobre el divorcio, y otra sobre qué tenían que hacer los padres cristianos con sus hijas vírgenes.

Era un tema muy amplio, complejo y delicado, dadas las circunstancias morales en que vivían los creyentes de Corinto. Por eso Pablo indica que hay cosas sobre las que el Señor dejó mandamientos, otras sobre las que habla él directamente y otras en las que les da su parecer, como cristiano espiritual, a la luz de las circunstancias concretas en que se encontraban.

La opción personal de Pablo

Pablo recomienda de entrada el celibato, que era la opción que había tomado personalmente. La opción de Pablo había sido voluntaria, meditada y responsable, y contaba con la aprobación

del Señor. El la consideraba la mejor, y por eso la recomendaba (v. 7a). Lo justificó “a causa de la necesidad que apremia” (v. 26), haciendo referencia a una situación concreta que se daba en aquella época; el peligro de persecución, y el esfuerzo por extender el Evangelio (vv. 28b-29). Pero también presenta una necesidad permanente: ocuparse en las cosas del Señor sin preocupaciones (vv. 32, 34b), y allegarse sin impedimento al Señor siempre (v. 35b), de una manera que el matrimonio no lo permite. Pero reconoce que únicamente se puede tomar la opción del celibato si se tiene el don de Dios para ello, controlándose sin quemarse (vv. 7 y 9). Todo esto lo dice a los solteros y a las viudas (v. 8).

Sobre el matrimonio

Pablo no cuestiona el matrimonio, puesto que Dios mismo lo estableció y realizó el primero en el Edén (Gn 2); pero recuerda que no es un mandamiento, algo que debemos de realizar para obedecer al Señor. En aquellas circunstancias, él lo considera más bien una concesión (v. 6). Reconoce que uno de los propósitos por el que Dios proveyó el matrimonio fue para evitar la fornicación, puesto que únicamente la relación física entre un hombre y una mujer forma parte del vínculo matrimonial: “...cada uno tenga su mujer, y cada una tenga su marido.” (v. 2). Da la impresión que una de las preguntas era sobre si había que abstenerse de relaciones físicas dentro del matrimonio. Pablo contesta con toda claridad: “No os defraudéis el uno al otro”, pagaos el afecto debido, la pareja tiene potestad sobre vuestro cuerpo (vv. 5, 3-4); eso evitaría que Satanás tentara a los matrimonios debido a la incontinencia. Se puede practicar la abstinencia para dedicarse al ayuno y la oración, pero ha de ser temporal (v. 5b).

Sobre la separación, el divorcio y la reconciliación

Pablo trata del divorcio entre cristianos, y entre parejas mixtas, debido a la conversión de uno de sus miembros. Es cierto que usa dos palabras diferentes, “apartarse” y “despedir”, pero el contexto parece indicar que los considera sinónimas.

a) A los casados (vv. 10-11)

Con estas palabras identifica al matrimonio en que los dos miembros son creyentes. El mandamiento es claro: que no se aparte/despida. Si desobedecen el mandamiento han de quedarse sin casar o reconciliarse. La posibilidad de un nuevo matrimonio no se contempla.

b) A los otros (vv. 12-16)

Esta expresión se usa para referirse a los matrimonios mixtos a causa de la conversión de uno de sus miembros. La permanencia del vínculo matrimonial queda en manos del incrédulo: si consiente a convivir con el creyente, este no debe divorciarse; si se separa, el creyente no ha de poner ningún impedimento, y queda en libertad para casarse nuevamente.

c) Principio general ejemplificado (vv. 17-24)

Pablo enseña el mismo principio general en todas las iglesias: “cada uno como el Señor le repartió, y como Dios llamó a cada uno, así ande”. Principio que se repite después de los dos ejemplos que presenta (vv. 20, 24), uno sobre la circuncisión y otro sobre la esclavitud y la libertad, con las precisiones correspondientes.

Las vírgenes

A la pregunta sobre las vírgenes, que hacía referencia a una costumbre social de aquella época, Pablo no puede darles un “mandamiento del Señor”, pues no lo tiene; pero les puede dar su “parecer”, que es el de un hombre de Dios, de uno que tiene el Espíritu de Dios (vv. 25, 40). Habían razones para permanecer soltero, pero dado que no era pecado casarse, quien lo hacía no pecaba (vv. 28, 36). La cuestión no era entre lo bueno y lo malo, o sea, entre lo que es pecado o no, la cuestión había que situarla entre lo que estaba bien y lo que estaba mejor. Si el padre daba en casamiento, hacía bien; y si podía no darla en casamiento, hacía mejor.

Evidentemente no se considera el casamiento entre creyentes e incrédulos, puesto que eso sí que sería pecado.

Las cosas sacrificadas a los ídolos (capítulos 8 a 10)

Entre las preguntas que Pablo recibió, una hacía referencia a las cosas sacrificadas a los ídolos. Habían discrepancias entre los creyentes de Corinto sobre si se podía o no comer la carne que se había sacrificado a los ídolos, y si se podía participar o no en los actos socio-religiosos que en aquellos templos se llevaban a cabo.

¿Qué quiere decir tener conocimiento? (capítulo 8)

Todos ellos tenían conocimiento sobre lo que eran los ídolos: falsos dioses inexistentes, que no les podían hacer ni bien ni mal. Pero dada la situación de la Iglesia, creyó necesario hacerles ciertas precisiones sobre el “conocimiento”: (1) que sin amor es únicamente apariencia, puesto que es el amor el que edifica; (2) que en el creyente siempre es una realidad perfecta; (3) que hemos de buscar primeramente es ser conocidos por Dios, lo que únicamente es posible amándolo.

A continuación retoma el tema, y describe lo que sabían: a) que únicamente hay un Dios, el Padre, de quien es todo lo creado, incluso el hombre, y Jesu-Cristo, a quien llama “Señor”, el equivalente al Jehová del Antiguo Testamento, mediante el cual son todas las cosas, también el hombre; b) que cualquier otra cosa que el hombre llama “dios”, es un falso dios, es irreal,, c) que los sacrificios realizados a los ídolos, a esos dioses falsos, no tienen ningún valor real.

Pero no todos los hermanos captaban todo lo que eso significaba, algunos tenían consciencia del ídolo a causa de su débil conciencia, y comer de la carne sacrificada a los ídolos equivalía a participar en el sacrificio, considerándose contaminados.

Había que tener cuidado como usaban la libertad cristiana, para no hacer tropezar a los débiles. Se ha de tener presente como los demás pueden interpretar los hechos, puesto que uno puede animar a otros a pecar sin quererlo. Se ha de tener presente la conciencia del débil, no pequemos contra él usando nuestra libertad, pecando así contra Cristo. El creyente ha de usar su libertad para limitar su propia actuación en bien del otro, incluso en cosas que no son pecado.

Pablo se presenta como ejemplo (capítulo 9)

Buscando ilustrar lo que ha dicho, presenta ciertos hechos de su vida que pueden ayudar a entender como ejercer correctamente la libertad cristiana.

Pablo les recuerda dos derechos que tenía, de los que se había abstenido voluntariamente por amor al Señor y a la obra: la libertad de reclamar ser sostenido materialmente como obrero cristiano, y poder casarse. También les explica que, aunque era libre, se había hecho servidor de todos con el objetivo de salvar a algunos. Y es que el cristiano la ha de vivir la vida presente de manera que alcance sus objetivos.

El peligro de la autosuficiencia (capítulo 10)

Incluso los que “tenían ciencia” tenían que ir con cuidado, puesto que uno que creía estar firme, podía caer si no vigilaba (v. 12).

Les describe las experiencias que Israel vivió durante la salida de Egipto, y les recuerda que finalmente la mayoría murieron en el desierto por su pecado, porque no vigilaron, y pensando que estaban firmes cayeron en pecado.

Por eso les exhorta a huir de la idolatría, puesto que no se puede participar de la Mesa del Señor y de la mesa de los demonios a la vez. I también les exhorta a tener presente la “conciencia del otro”, de manera que no fueran sin ofensa a los judíos, a los gentiles y a la iglesia de Dios.

Sobre el orden en las reuniones (capítulo 11)

Hay una palabra que nos permite dividir este capítulo en dos partes: alabar. La primera parte está bajo la sombra de lo que Pablo alaba de los corintios, y la segunda parte de lo que no puede alabar. Pablo nunca dejó de reconocer la obra de Dios en la vida de los hermanos, y lo cierto es que, mayoritariamente, los hermanos se acordaban de él, y mantenían las enseñanzas que les había dado, sin ningún cambio.

a) Algo que no discernían (vv. 3-16)

La cuestión del velo era para unos un tema sin importancia, mientras que para otros era motivo de discusión. Pablo recuerda que no es costumbre cristiana el discutir, por eso no entra en esa dinámica; pero está dispuesto a tratar las razones por las que las cristianas casadas se han de cubrir la cabeza.

Ellos habían sido enseñados que las esposas cristianas tenían que cubrirse la cabeza para orar o profetizar, pero acababan de entender el por qué. Pablo presenta a los ángeles como la causa por la que las esposas cristianas tenían que llevar una señal de autoridad sobre su cabeza, cuando oraban o profetizaban en la reunión.

No encuentro ninguna razón para no aceptar que Pablo habla de los “ángeles de Dios”. Cuando escribió a los Efesios dijo que la Iglesia es el medio por el cual la multiforme sabiduría de Dios se notifica “a los principados y potestades en los cielos”, especialmente en relación al misterio de la Iglesia (Ef 3:8-11). También en la misma epístola da dos figuras que encontramos en este capítulo de Corintios: el matrimonio (Ef 5:22-32) y el Cuerpo (Ef 1:22-23).

Y es que los ángeles de Dios, principados y potestades, contemplan a la Iglesia reunida para expresar la realidad de la Iglesia Una. Como Cuerpo, todos los miembros, sin distinción de sexos ni ninguna otra, son iguales, cada uno tiene un lugar que el Señor le ha dado, y ha de actuar de acuerdo a su función para provecho de todos.

Pero, aunque cuando los creyentes se reúnen lo hacen como sacerdotes y miembros del Cuerpo, los matrimonios cristianos no han de dejar de testificar que son figura de la relación Cristo-Iglesia. Es por eso que, aunque no se les puede impedir a las mujeres casadas participar orando y profetizando en la reunión de la Iglesia, han de llevar la cabeza cubierta, testificando del orden de Dios en el matrimonio cristiano, así como los maridos cristianos han de llevar la cabeza descubierta, por el mismo motivo. El cabello largo en las mujeres, como el corto en los hombres, parece que se presenta como una alternativa válida.

Esta manera de actuar no es normal en la sociedad de aquel tiempo. Tanto los gentiles como los judíos iban cubiertos, hombres y mujeres, en los actos de culto. Esta era una práctica nueva, del todo cristiana. Los corintios la conocían, Pablo lo había enseñado allí, pero no la entendían, como tantos cristianos actualmente, y por eso decide aclararlo definitivamente. Lo cierto es que no se vuelve a hablar de ello más en las Escrituras.

b) Algo que arruinaba sus reuniones (vv. 17-34)

La advertencia que Pablo había hecho, que no era costumbre cristiana discutir los mandamientos del Señor, nos revela que cuando eso se produce en una Iglesia es evidencia que no actúa como una Iglesia cristiana.

Pablo no podía alabar la manera en que los hermanos se reunían, especialmente para tener la Cena del Señor. Las divisiones existentes entre los hermanos evidenciaba la carnalidad imperante, hacían que aquellas reuniones fueran una parodia, un juntarse para lo peor. El ágape de amor, que tenía que manifestar la realidad de la Iglesia como Cuerpo, los unos miembros de los otros y Cristo únicamente la Cabeza, había degenerado en el egoísmo de los unos, “cada uno toma antes para comer su propia cena”, el hambre de otros, y la embriaguez de otros. La Iglesia era menospreciada. La participación de los símbolos de Cristo y de su obra salvadora se realizaba de una manera indigna por muchos, tomaban el pan y el vino sin examinarse previamente y estar limpios de pecado, sin discernir el significado de los símbolos y sus implicaciones prácticas para la santidad. Como consecuencia de la falta de juicio personal, el Señor estaba actuando en juicio y muchos estaban débiles y enfermos, y muchos habían muerto.

Mientras Pablo viajaba a Corinto para poner orden en la Iglesia, les manda que tomen dos medidas iniciales: que no comiencen a comer hasta que todos estén presentes, y que la cena quedase reducida al mínimo, de manera que la comida la hiciera cada uno en su casa.

Los dones espirituales (capítulos 12 a 14)

Otra pregunta, que Pablo recibió, trataba sobre los dones espirituales. A pesar del énfasis que se hacía en Corinto sobre los dones, el asunto no estaba tan claro como parecía; por eso Pablo les dice en su respuesta que no quería que fuesen ignorantes al respecto.

El reparto de dones, servicios y actividades (capítulo 12)

Era preciso recordar que Dios es soberano en su Iglesia, y que todos los dones, ministerios y operaciones los da él, y que da el don que quiere a quien quiere, sin ningún mérito personal previo, y eso sin que nadie se quede sin recibir algún don. Es una obra Trinitaria, como todas las obras del Dios uno y trino, aunque se presenta como una tarea especial del Espíritu Santo, quien da cada manifestación con el propósito que sea útil: para cumplir los propósitos del Señor y para todo el Cuerpo (v. 7b). Principios sencillos, que muchos hermanos en Corinto habían olvidado, como sucede en la actualidad.

Les recuerda que todos y cada uno de los miembros forman parte del Cuerpo, que es uno sólo (vv. 12-13).

Les recuerda que a pesar de la importancia de ciertos dones, el Cuerpo no es un miembro, sino muchos. Cada creyente es miembro en el lugar que Dios le ha colocado (v. 18); cada miembro-creyente es necesario para el buen funcionamiento del Cuerpo (v. 21), nadie puede decir a nadie que no lo necesita; cada miembro es interdependiente de todos los otros (vv. 25-26).

Entre las implicaciones de estas verdades sencillas y profundas, estaba la necesidad de manifestar la unidad entre todos ellos, puesto que el todo es el que forma el Cuerpo, y sin unidad no existe expresión visible de la realidad del Cuerpo. También era necesario que todo creyente fuera responsable del desarrollo de su tarea como miembro. Y además que cada uno aspirara a los mejores dones, pero recordando que el mejor para cada uno era el que había recibido del Señor, lo que implicaba tomar conciencia

del propio don, puesto que Dios únicamente nos ha capacitado para llevar a cabo la función que nos ha encargado en el Cuerpo. *El camino más excelente para el ejercicio de los dones (capítulo 13)*

Aquellos que habían sido hechos beneficiarios del amor de Dios en Cristo, tenían que caminar amando a Dios sobre todas las cosas, y a los demás por amor a Dios. Sin amar a Dios y a los demás era imposible ejercer correctamente el don o dones recibidos por la gracia de Dios. Los dones únicamente se pueden ejercer espiritualmente, y para eso se han de ejercer por amor a Dios y a los demás, de otra manera es únicamente fachada, por eso la Iglesia en Corinto estaba como estaba.

Lugar central del don de profecía en la vida de la Iglesia (14:1-26)

Pablo resta a las lenguas la importancia que le deban los corintios, presentándolas como un don que había de cesar, como tenían que dejar de ser y acabar los dones de revelación profética y ciencia, cuando la revelación se completara, y se dispusiera de todas las Sagradas Escrituras: la Biblia. El principio de utilidad espiritual también lo situaban en segundo término (14:6, 19), con un propósito concreto y limitado que no habían de olvidar (14:22).

La profecía, como la proclamación de la Palabra de Dios, había de ocupar un lugar central y permanente, más allá del la “revelación” temporal. Pablo define la acción permanente del don de profecía con tres palabras: edificación, exhortación y consolación (14:3).

Y es que la edificación de la Iglesia era la preocupación central de Pablo, y ha de compartir los propósitos de las reuniones de la Iglesia con la adoración. La Iglesia en la tierra, y en su expresión local, es un edificio que va creciendo hasta llegar a ser un templo santo en el Señor (Ef 2:20-22), y las reuniones han de cooperar a llevar a cabo esta obra divina. Eso incluye la enseñanza, que necesita que el receptor atienda lo que se le dice para poder realizarse, y que fue el centro de la actividad de Pablo entre los creyentes (1Co 14:12, 19).

El ejercicio de los dones en la “reunión” de la Iglesia (14:26-40)

Puesto que los dones son dados para la edificación de la Iglesia, uno de los lugares principales de ejercicio ha de ser “la reunión”. Las reuniones de la Iglesia, además de ser momentos de adoración, también han de ser momentos de edificación mutua donde, de acuerdo al don recibido, cada miembro puede actuar para la edificación del Cuerpo, según lo que tenga del Señor para los demás y en el orden debido, del cual es responsable el hermano que preside la reunión. Es aquí donde algunos dones pueden encontrar el momento de manifestarse para provecho de todos.

La situación de Corinto obligó a Pablo a hacer algunas precisiones sobre la actuación de las mujeres casadas (las únicas que pueden preguntar a sus maridos en casa) en las reuniones. Estas puntualizaciones se han de interpretar en el marco general que él les había presentado anteriormente, donde la única limitación que había indicado a la actividad de las mujeres en la reunión era a las casadas, que tenían que ir con la cabeza cubierta en el momento de orar o profetizar en las reuniones. Pablo habla aquí de un acto de falta de sumisión de las casadas a sus maridos, en contra de la enseñanza de la Ley, que se manifestaba en una manera de “hablar”, de expresarse, que no se permitía en ninguna iglesia, y que había que prohibir.

Pablo concluye la sección recordando la libertad que tenía que existir en las reuniones, pero siempre teniendo presente la obediencia a los mandamientos del Señor, y el debido decoro y orden.

Paréntesis sobre la resurrección (capítulo 15)

Antes de tratar la última cuestión que los corintios habían enviado a Pablo, y concluir así la epístola, sintió la necesidad de dedicar 58 versículos para hablarles sobre la resurrección corporal.

Lo cierto es que esta verdad estaba siendo atacada por algunos sectores del judaísmo, los saduceos (Hch 23:6-10), fue la causa por la que los del Areópago dieron por cerrado el diálogo con Pablo (Hch 17:32-34); era negada por Himeneo y Fileto, a la

manera modernista de negar afirmando (1Ti 2:17-18), y también era negada por algunos en Corinto (1Co 15:12).

Pero la resurrección corporal es parte del Evangelio, y así les predicó, y ellos habían aceptado aquel Evangelio, en el que estaban firmes, y por eso eran salvos. Con todo, ciertas reacciones parecían indicar que algunos habían creído a la ligera (1Co 15:1-2).

Pablo recuerda que les había transmitido fielmente lo que había recibido. Lo que había sucedido de conformidad con las Sagradas Escrituras: Jesús era el Cristo, el Mesías prometido por Dios en el Antiguo Testamento; que sufrió una muerte substitutoria y vicaria por nuestros pecados; que fue sepultado, como evidencia de haber pagado con la vida por nuestros pecados; que fue resucitado al tercer día, como había sido profetizado, y que era el testimonio de la consumación de nuestra redención y que había vencido al pecado. El hecho de la resurrección y el testimonio que dieron aquellos que lo vieron: Cefas (Lc 24:34), los Doce (Lc 24:36-48), más de 500 hermanos, algunos de ellos aún vivían entonces (Mt 28:16-20), Santiago (Hch 1:14), los Apóstoles (Hch 1:4-11) y el mismo Pablo camino de Damasco (Hch 9:3-6).

¿Cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos?

Después de recordarles que la resurrección es parte integral del Evangelio, les muestra la gravedad del hecho que algunos entre ellos dijese que no había resurrección de muertos; eso cuestionaba las bases del Evangelio. Puesto que la resurrección corporal se fundamenta en la resurrección corporal de Cristo, negarla implicaba negar también la de Cristo. Negar la resurrección de Cristo implicaba negar su obra redentora realizada sobre la Cruz, y hacía inútil tanto la predicación del Evangelio como la fe de los corintios, presentando a sus proclamadores como mentirosos. Consecuentemente, los corintios estarían en sus pecados y condenados; los cristianos muertos estarían condenados, y los que vivían con esta esperanza eran los más dignos de compasión de todos los hombres.

Pero, como había evidenciado, la resurrección de Cristo de entre los muertos era totalmente cierta, y por eso había salvación y esperanza. Si aún no se había producido la resurrección de los creyentes era porque había un orden que se tenía que cumplir: primero Cristo, después los que son de Cristo en su venida, antes del fin del tiempo presente, y finalmente la muerte sería el último enemigo que sería deshecho.

De otro modo, ¿qué harán los que se bautizan por los muertos...? ...por qué nosotros peligramos en toda hora?

La manera de actuar de los creyentes, exponiendo su vida por la fe, no tendría sentido si no hay resurrección, si el Evangelio es mentira; entonces tendrían razón los incrédulos cuando decían: "...comamos y bebamos, que mañana moriremos". Pero eso era un engaño en el que no tenían que caer; era un planteamiento ilógico.

Pablo responde a las preguntas de los cuestionadores

Pablo desarrolla las enseñanzas relacionadas con la doctrina de la resurrección corporal, para dejar sin argumentos a los oponentes, y afirmar a los creyentes. Dos eran, básicamente, los interrogantes: ¿Cómo resucitarán los muertos?, y, ¿con qué cuerpo vendrán?

El Apóstol ilustra la verdad con un par de ejemplos comunes: el sembrar, y los diferentes tipos de "carnes" y "cuerpos".

El sembrar nos da un ejemplo de "resurrección" en la naturaleza, puesto que una semilla ha de morir para volver a vivir en una nueva planta. La diferencia entre "carnes" ya se da en la creación, entre la de los hombres, las bestias, los peces y las aves; lo que muestra que está fuera de lugar que haya una carne mortal y otra inmortal. La diferencia entre "cuerpos" en la creación, entre los celestes y los terrestres, y entre unos celestes y otros, también ilustra los acontecimientos relacionados con la resurrección. En la resurrección la corrupción dará lugar a la incorrupción, el deshonor a la gloria, la debilidad al poder, el cuerpo animal al espiritual. La asociación con el Señor producirá este milagro.

Para cerrar el tema les habla de un “misterio” relacionado con la resurrección: “Todos ciertamente no dormiremos, mas todos seremos transformados”. Es la misma enseñanza que dio a los tesalonicenses (1Ts 4:13-18) sobre como experimentarán la resurrección aquellos que estén vivos cuando el Señor regrese. La venida del Señor por los suyos traerá el cumplimiento literal de las palabras de Isaías: “Sorbida es la muerte con victoria” (Is 25:8 comp. 1Co 15:54). El aguijón de la muerte, el pecado, ha sido expiado; y el poder del pecado, la ley, ha sido satisfecho. El sepulcro, pues, quedará derrotado, Dios ha dado la victoria por medio del Señor Jesu-Cristo, y eso da firmeza al creyente y ánimo en la obra cristiana: “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es vano”.

Cuanto a la colecta para los santos (16:1-12)

Aun faltaba responder a una cuestión más, que los corintios habían planteado a Pablo: cuando tenían que hacer la colecta para ayudar a los hermanos de Judea. El apóstol les da las mismas instrucciones que había dado a las iglesias de Galacia, o sea, que cada primer día de la semana, cuando apartaban la ofrenda para las necesidades de la obra, pusieran aparte lo que querían dar para los santos de Judea.

Conclusión

Pablo dedica las últimas palabras de la epístola para hacer unas exhortaciones finales, e intercambiar saludos.

Los exhorta a velar, estar firmes en la fe, portarse varonilmente, esforzarse, hacer las cosas con caridad, y sujetarse a los que se dedican al servicio de los santos.

Les informa de la llegada de Estéfanos, Fortunato y Acaico, con la ofrenda que habían enviado con ellos.

Entre los saludos están los de las iglesias de Asia, Aquila y Priscila con la iglesia que estaba en su casa, y de los hermanos en general.

Les exhorta a mostrarse el amor fraternal entre ellos, con un ósculo

santo; autentifica la carta; pone bajo maldición a todo aquel que no ame al Señor Jesu-Cristo, recordando la promesa de su regreso. Finaliza como siempre, encomendando a los hermanos a la gracia de Dios, como había comenzado.

La Segunda Epístola a los Corintios

Pablo escribió la Segunda Epístola a los Corintios un año después de la primera (55/56 d. C.). Algunas expresiones del texto parece indicar que, entre las dos cartas que conocemos, les escribió otra con “mucha tribulación y angustia del corazón... con muchas lágrimas” (2Co 2:4, 9; 7:8, 12); y que les hizo una visita rápida (2Co 2:1; 12:14; 13:1 comp. 1Co 16:7).

Pablo escribió la Primera Epístola desde Éfeso, pensando también en “todos los que invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo en cualquier lugar” (1:2). En la segunda también tenía presente “todos los santos que están por toda la Acaya” (1:1), que incluía los hermanos en Atenas, Corinto y Ceneas, que conozcamos.

Es una carta muy personal, que “refleja la intensa tensión emocional de Pablo” (Benware, p. 191); en que Pablo habla ampliamente del carácter que han de tener aquellos que sirven en el Evangelio.

El Dios consolador y la necesidad cristiana (1:3-11)

Dos características del carácter divino y paternal de Dios son presentadas como razón de alabanza: su misericordia y su consolación. Pablo lo tenía muy presente, puesto que había discernido los propósitos que Dios tiene al permitir que sus hijos sufran aflicción. Dios permite la aflicción para que experimentemos su consolación y, viendo como nos consuela, aprendamos como consolar a los demás según Dios. La centralidad de Cristo, y de la obra de la cruz, es establecida por Pablo (1:5), y la aflicción es presentada como una situación en la que Dios actúa con el propósito de consolar i librar (salvar) a otros.

Cuando les escribió esto tenía presente la experiencia reciente

vivida en la provincia de Asia, en concreto en Éfeso, donde él y sus compañeros estuvieron a punto de morir. Fue entonces, cuando experimentó la consolación divina, que aprendió la lección de una manera teórico-práctica; mientras ponía la esperanza en Dios, que resucita a los muertos (1:9), y la oración de los corintios colaboraba a favor de ellos.

Razones del cambio de planes de Pablo (1:12-2:17)

De entrada, Pablo les recuerda que siempre se habían comportado con “simplicidad y sinceridad de Dios” (1:2), sin segundas intenciones escondidas. Aquello era motivo de orgullo para aquellos evangelistas, y tenía que ser motivo de orgullo para los corintios, así como los corintios era motivo de orgullo para los evangelistas, en la perspectiva del día del Señor Jesús.

Los planes originales de Pablo eran ir de Asia a Corinto, de Corinto a Macedonia, y de allí volver a Corinto, y marcha desde allí hacia Judea encomendado por los hermanos. El cambio de planes no se debió a una actuación liviana o a una actuación carnal (1:17), sino para no tener que volver a ellos nuevamente con tristeza (1:23; 2:1).

La carta que Pablo les escribió, con aflicción, angustia y lágrimas, muestra de su gran amor por ellos, había producido arrepentimiento en los ofensores. Ahora era necesario perdonar al pecador arrepentido, y restaurarlo a la comunión, para evitar las maquinaciones de Satanás (2:3-11).

Volvieron a los motivos por los que cambió de planes, les habla de la puerta que el Señor le había abierto en Troada (¿el puerto desde el que tenía que partir para Corinto?). Pablo esperaba encontrar allí a Titos, con noticias sobre Corinto, pero no había llegado. Esto lo dejó muy preocupado, y decidió ir a Macedonia, pensando que lo encontraría allí.

Las “credenciales” de Pablo y sus compañeros (3:1-4:18)

Pablo, en nombre del equipo misionero, les recuerda algunas de

las credenciales que los identificaban como servidores del Evangelio.

Cartas de recomendación

Entre los primeros cristianos era común usar cartas de recomendación. A través de ellas los hermanos de una iglesia recomendaban al que la llevaba como cristiano con una vida y doctrina de acuerdo a la Palabra de Dios, y en comunión con la iglesia. También se usaba para recomendar a los obreros que salían de una iglesia local a un ministerio más amplio. Usando de cierta ironía, Pablo les pregunta si también ellos necesitaban de cartas de recomendación para ellos o si las necesitaban para presentarlas a las otras iglesias. Les describe a ellos mismos como la carta viva de recomendación de aquel equipo misionero.

La capacidad para la obra

Les recuerda que la capacidad de él, Pablo, y sus compañeros para la obra del Evangelio venía de Dios, que los había capacitado como ministros-servidores del Nuevo Pacto, del Espíritu (3:5-6). Y que el ministerio del Espíritu, el de la justicia, que ellos representaban era superior al ministerio de la muerte, de la condenación, que representaba Moisés.

Distintivos del obrero cristiano

Presenta, a continuación, algunos de las características distintivas que identificaba a Pablo y a sus compañeros como ministros del Evangelio. Afirma que, con respecto a su carácter, son esforzados y no desmayan, a pesar de las dificultades que frecuentemente encuentran en su ministerio; y que en ninguna ocasión han actuado “con astucia”, haciendo servir la ambigüedad o las medias verdades. Respecto a su fidelidad doctrinal, presentan su fidelidad a la Palabra de Dios: no la han adulterado, la han transmitido con todo su pureza, y no se han predicado a ellos mismos, sino a Cristo Jesús. En todo momento han procurado mostrar que ellos únicamente son pobres vasos de barro, para mostrar la excelencia del tesoro del Evangelio. Se encontraban atribulados, pero no

angustiados; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero no desamparados; abatidos, pero sin perecer. Estaban dispuestos a sufrir a favor de los creyentes. Y, aunque externamente se iban desgastando, no desmayaban, y día a día se renovaban en el hombre interior. Los ojos de ellos miraban las cosas que no se veían, contemplaban las cosas eternas.

Viviendo en la perspectiva del Tribunal de Cristo (5:1-6:10)

La escatología del Nuevo Testamento es teórico-práctica, didáctico-experimental; afecta a la vida de los creyentes, y afecta de una manera muy especial el ministerio cristiano. Pablo y los hermanos que lo acompañaban en la tarea misionera vivían en la perspectiva del rapto, para estar con el Señor, y de su comparecencia delante del Tribunal de Cristo, donde se evidenciará si el trabajo realizado ha sido para la gloria de Dios. Vivían con el anhelo de ser agradables al Señor, y por eso vivían en el temor del Señor, constreñidos por el amor de Cristo, y llevando a cabo el ministerio de la reconciliación, en el que colaboraban los corintios (6:1).

Pablo, en nombre del equipo misionero, les describe ampliamente el cuidado que tienen por no ser motivo de escándalo para nadie, para que su ministerio no fuera vituperado (6:4b-13) –un detalle merecedor de una consideración detallada por nuestra parte–.

La necesidad de mantener “la separación” (6:11-7:1)

En la Primera carta Pablo ya tuvo que recordarles que no podían “beber la copa del Señor, y la copa de los demonios” (1Co 10:21). La necesidad de separarse de toda participación en actos paganos, incluso aquellos que tenían una vertiente socio-religiosa, era una área en la que los creyentes tenían que mantener la separación para no contaminarse con el pecado ni comprometer su testimonio. Pablo usa la figura del yugo, en clara referencia a las enseñanzas del Antiguo Testamento. Dios, en la Ley, había prohibido los yugos

formados por buey y asno juntos (Dt 22:10), era un yugo desigual, que no permitía hacer el trabajo; formaba parte de las prohibiciones de las mezclas (Lc 19:19).

Aquí la prohibición es ha establecer uniones desiguales, que es como Dios identifica la asociación en condiciones de co-iguales entre un creyente y uno que no lo es. Este fue un pecado en el que Israel cayó repetidamente, a pesar de las advertencias de Dios para que no hicieran alianzas con los paganos ni tomaran o les dieran los hijos en matrimonio (Ex 34:15-16; Dt 7:1-4 comp. Esd 4:1-3; caps. 9 i 10; Neh 13:1-9).

Dios siempre ha explicado el porqué de sus prohibiciones, y aquí también lo hace por medio de Pablo:

- a) no hay ninguna “compañía”, asociación, entre la justicia i la injusticia.
- b) no hay ninguna “comuni3n” entre la luz y las tinieblas.
- c) no hay ninguna “concordia”, sinfonía, entre Cristo y Belial.
- d) no hay ninguna “parte”, territorio com3n, entre el creyente y el infiel.
- e) no hay ning3n “concierto” entre el santuario de Dios y los ídolos.

Se enfatiza la condici3n de “santuario de Dios” de todo creyente, y la relaci3n exclusiva y excluyente existente entre Dios y su pueblo. Por eso el mandamiento es claro: Salid de en medio de ellos y apartaos, para ser recibidos por el Se3or. Puesto que la separaci3n incluye una acci3n doble: separarse de, para acercarse a; separarse del pecado para acercarse a Dios.

Me gozo (7:2-16)

Pablo recoge la exhortaci3n del versículo 13 del capítulo anterior, para explicarles la consolaci3n que fue para 3l la llegada de Titos con noticias sobre como estaba la obra en Corintio. Hubo tristeza, pero fue seg3n Dios y produjo arrepentimiento y demostr3 la disposici3n de los corintios.

La colecta para los santos (8:1-9:15)

La colecta para los santos, sobre la que había dado instrucciones en la Primera carta (1Co 16:1-4), ya se había hecho en las Iglesias de Macedonia, y llegaba el momento en que vendrían a recoger lo que los hermanos de Acaya, en concreto Corintio, quería aportar. Lo cierto es que fueron los corintios los que, un año antes, habían propuesto esta colecta (8:10; 9:1-2), pero ahora había llegado el momento de entregarla a los hermanos que habían de llevarla a Judea (8:11, 24; 9:5). Pablo quería animar a los hermanos, y a esto dedica esta sección.

Primero presenta el ejemplo dado por los macedónicos, que había de ser un modelo para ellos de: generosidad (8:2; 9:6), voluntariedad (8:3; 9:7), considerarlo un privilegio (8:4) i entrega al Señor y a los hermanos (8:5). Para, a continuación, recordar el ejemplo único de Cristo (8:9).

Completa la sección enseñando el principio de complementariedad, la abundancia de unos supliendo la necesidad de otros (8:11-15; 9:8-9); la necesidad de una administración muy clara (8; 19-21); y que el propósito es que Dios sea glorificado (9:10-15).

Vindicación de Pablo de su apostolado (10:1-12:13)

Esta sección comienza con una exhortación, “por la mansedumbre y modestia de Cristo”, y un ruego, con la esperanza que los hermanos de Corinto reaccionasen positivamente y Pablo no tuviera que actuar atrevidamente cuando llegara. Pero había un problema que tenía que tratar, algunos le acusaban, a él y a sus compañeros de ministerio, de andar “según la carne” (10:2), queriendo atacar de esta manera el ministerio que Dios les había encargado. Por eso dedica los siguientes capítulos a defender su “apostolado”, para defender la obra de Dios entre ellos.

Primera respuesta: No caminamos “según” la carne (capítulo 10)

Pablo argumenta su respuesta comenzando con un juego de palabras. Los acusaban de caminar carnalmente, “según la carne”. Y les contesta diciendo que lo más que pueden decir de ellos es

que caminan “en la carne”, como seres humanos, pero no como cristianos carnales, como niños en Cristo cuando ya tenían que ser hombres (comp. 1Co 3:1-4).

Tampoco “militaban según la carne”, confiando en las propias fuerzas o capacidades. Sus “armas” no eran carnales (v. 4), sus conquistas tampoco (v. 5), y estaban dispuestos a actuar disciplinariamente en el momento que fuera oportuno (v. 6).

Los lleva a considerar aquello que está delante de sus ojos, pues hay que medir los que es parecido de la misma manera (vv. 7-11). Y afirma que a lo que no se atreven es a equipararse con algunos que se recomiendan a ellos mismos, denunciando así a sus mismos oponentes (vv. 12-18).

Segunda respuesta: En nada he sido inferior a aquellos grandes apóstoles (capítulos 11 i 12:11-13)

Conocía que el ataque era contra su apostolado, por eso pasa seguidamente del plural al singular, y comienza su argumentación apelando a la sensibilidad de los corintios, para argumentar la afirmación que hace: sus conocimientos espirituales se pueden comparar con el de los grandes apóstoles (v. 6), su ética de servicio también (vv. 7-15), así como cualquier otra característica personal y la dedicación a la obra sacrificadamente, en lo que incluso los supera (11:16-33, i 12:11-13).

Tercera respuesta: Las visiones y revelaciones del Señor (12:1-10)

Pero no quiere destacar lo que ha hecho, por eso presenta el glorioso privilegio de haber recibido del Señor visiones y revelaciones ciertamente excepcionales, cuando fue arrebatado al tercer cielo. Lo explica no para enaltecerse delante de ellos, puesto que el Señor había provisto de los medios para que eso no se produjera, sino para evidenciar las señales que confirmaban su ministerio y conocimiento de las cosas del Señor.

La tercera visita (12:14-13:10)

Sin cortar del todo con lo que había dicho anteriormente, comienza a introducir el anuncio de su tercer viaje a ellos.

Lo primero que les dice es que está preparado para ir. Una vez más no les sería de carga material, para evidenciar que no busca las cosas de ellos (12:14a). Estaba dispuesto a gastar su vida, y así lo haría completamente a favor de sus almas, aunque fuera en perjuicio propio (12:15). Con todo tenía un temor, que no estuvieran como él desearía espiritualmente y tuviera que actuar severamente (12:20).

Después, en el capítulo 13, les dice que su ida a ellos ya era un hecho: “Voy”. Cuando llegase toda negocio sería establecido por boca de dos o tres testigos, como ya estaba prescrito en el Antiguo Testamento (Dt 19:15). Ahora, era preciso que se examinaran a ellos mismos, para reconocer la presencia de Cristo en ellos, y actuar en consecuencia. Y que recordaran que el objetivo de la tarea de Pablo y de sus compañeros era su perfeccionamiento.

Resta (13:11-14)

La conclusión es breve. Incluye una exhortación múltiple a tener gozo, ser perfectos, tener consolación, sentir una misma cosa y tener paz, para experimentar la presencia del Dios de amor y de paz.

Les manda que manifiesten el amor los unos a los otros con un ósculo santo. Les envía saludos de todos los santos que están con Pablo, y les encomienda a la gracia divina, invocando las tres Personas de la Santísima Trinidad.

El segundo viaje misionero finaliza

La marcha de Corinto fue con tranquilidad, una vez Pablo consideró que se había completado el establecimiento de aquella iglesia local. Con todo, el viaje de regreso no fue directo a Antioquía. Añadidos Aquila y Priscila al grupo, primero bajaron al puerto de Cencreas, donde parece que quedaron un breve tiempo. Aunque el texto bíblico únicamente dice que allí se trasquiló la cabeza porque tenía voto (Hch 18:18), parece inferirse que hasta que zarparon aprovecharon el tiempo o bien predicando

el Evangelio o consolidando al grupo inicial de creyentes existentes como resultado de la acción evangelística realizada desde Corinto. Lo cierto es que en la carta a los Romanos habla de una iglesia en aquella población, que estaba organizada, puesto que tenía una diaconisa (Ro 16:1-2).

El viaje de regreso de Corinto a Antioquía de Siria tuvo varias etapas. La primera fue hasta Éfeso, donde tuvieron que quedar por un breve tiempo, puede ser unos días, que aprovechó para visitar la sinagoga y discutir con los judíos. Estos mostraron interés por el Evangelio, pero Pablo les informó que quería estar en Jerusalén para la Fiesta, que seguramente era la Pascua, el aniversario de la constitución de la Iglesia de Jerusalén (Hch 20:16). Por lo que leemos después, dejó allí a Priscila y Aquila, que mantuvieron el testimonio del Evangelio hasta que Pablo regresó más adelante.

Desde Éfeso navegaron hasta Cesarea, y de allí subió a Jerusalén, como deducimos por la expresión “subir”, para saludar a los hermanos y estar con ellos el día de Pentecostés, tan especial para ellos.

Desde Jerusalén bajo hasta Antioquía, para informar la Iglesia, y pasar un tiempo con los hermanos

Edicions Cristianes Bíbliques